

XIII

No sé si algún liberal de los fósiles, después de leer «El resplandor de la hoguera» la última novela de Valle Inclán, le juzgará definitivamente afiliado al partido carlista y le llorará muerto para la literatura; para la literatura liberal, que no es toda la literatura, por lo mismo que toda la literatura sea ante todo libertad.

Por mí, sé decir que no conozco narración de nuestras guerras civiles tan artísticamente desapasionada de toda idea de partido. Son en ella, los de uno y otro bando, seres humanos de toda humanidad, y sobre ellos pasa, fatídica, esa ventolera de locura colectiva que de cuando en cuando enardece á los pueblos y los lleva á guerrear por cosas que el día antes nada les importaban y que, en razón, no debieran importales nunca. Pasa entonces, sobre los espíritus más vulgares y pacíficos, un aliento de grandeza, que convierte en gran estratégico á

un rudo cabecilla; en héroe, capaz del martirio, á un rústico idiota, en madre de los Gracos, á la menos cívica campesina... en temibles conspiradoras á buenas señoras de pueblo y á monjas bobaliconas... Los espíritus se afinan, se sutilizan, se subliman... ¿En nombre de una idea? ¡Bah! Esto de tener simpatía por una idea ó por otra, ¡depende de tan poca cosa! Que fueran los carlistas ó los liberales los que robaron unas gallinas ó los que llegaron con mal modo; que fuera de un partido ó del otro el que prestó los cuartos sobre las tierras... ¡Ideas! ¿Qué saben de ideas los que matan y los que mueren? «We are flies that gods kill for their sport». Como decía el rey Lear: Somos como moscas, que los dioses matan por pasatiempo.

Este pasatiempo de los dioses, que se llama la guerra; esta fatalidad de las pobres moscas humanas, que las lleva á combatir unas contra otras, enloquecidas, parece sobre todo en la admirable narración de Valle-Inclán; cuyo espíritu de artista no permite vulgares filiaciones de partido político, ni siquiera de escuela literaria.

* * *

La Asociación Matritense de Caridad vuelve á solicitar el auxilio y la atención de todos, en

su loable propósito de extinguir la mendicidad callejera. Para conseguirlo por completo hay algunos graves inconvenientes. Somos desconfiados y sensibleros. Para ser desconfiados tenemos muy buenas razones. Muchos siglos de pésima administración. Para ser sensibleros no tenemos tantas, si consideramos que el problema de la mendicidad no se remedia con sentimentalismos. Se trata de una enfermedad social que es preciso combatir en sus raíces. Médicos y sociólogos son los llamados á proponer remedios.

El emplastito de los cinco céntimos, que nos quita por el momento al mendigo molesto de delante, si basta á tranquilizar conciencias fáciles, no basta á remediar miseria alguna. Sólo contribuye á fomentar la vagancia. Téngase en cuenta que muchos de esos pobres madrileños bigardos de todos conocidos, suelen ser santeiros de ladrones y rateros, cómplices de estafas y de mil trapisondas. No poco contribuyen también al fomento de la vagancia y de la pilleería nuestros señoritos chirigoteros que dan en proteger á cualquier golfo desvergonzado y le ríen las bufonadas y le celebran las desvergüenzas. Esa simpatía estaría mejor empleada en el

trabajador; pero acaso les es más fácil ponerse en el caso del golfo y de ahí la simpatía.

Triste es, también, rechazar con dureza al niño que nos tiende la mano; pero debemos pensar que, si explotado por sus padres ó abandonado á sí mismo, halla mayor facilidad en el pordioseo que en el trabajo ó en la escuela, será ya imposible que desista de tan fácil vida.

Dejémonos, pues, de sensiblerías; dejemos también la desconfianza. Ayudemos entre todos á la Asociación de Caridad; que no hay motivos para que en Madrid sea imposible lo que ha podido ser en otras capitales de menos dinero, y tal vez de menos caridad. Un poco más de cabeza y menos corazón. Cuando habiendo contribuido todos con la mejor voluntad veamos que nada se ha remediado, tiempo será de considerar fracasadas las gestiones de la Asociación y de las autoridades, y podremos volver á repartir perritos chicos á tontas y locas, es decir, á vagos y á pillos. No hay idea de lo bien que se duerme, cuando con veinticinco ó treinta céntimos, cree uno haber resuelto el problema social y haber ganado un buen asiento de paraíso.

* * *

El aristocrático público que asiste á las representaciones de Tina de Lorenzo, en el teatro de la Comedia, no suele acudir hasta hora muy avanzada de la noche. En este tiempo se prolonga el paseo, se come tarde... Si alguna vez veis llegar presurosos, á las nueve en punto, coches y automóviles, y al levantarse el telón, veis el teatro lleno, podéis asegurar á qué género pertenece la comedia representada: es una obra verde. Ahora sí, es preciso que la verdura sea alegre; que dé que reír y no dé en qué pensar. Entre «La Sfumatura» y «La Donna Nuda», no hay comparación posible.

En los turnos blancos triunfan Feuillet y Ohnet, más blancos que la nieve. ¡Señor! ¡Y á mí que no hay nada que me parezca tan inmoral como la tontería!

Por fortuna, las preciosas niñas abonadas tienen cara de estar pensando en otra cosa. Y las mamás también, rejuvenecidas por los recuerdos del «Romanzo d'un giovane povero»... ¡Recuerdos y esperanzas de vida! La moral llama al orden desde el proscenio, con severa campanilla. Por la sala, la vida agita sus casca- beles que suenan á risas.

XIV

À las naturales bromas, inspiradas por la natural desconfianza en la aplicación de tanta y tanta pragmática como diluvia sobre madrileñas cabezas—porque en provincias, ríanse ustedes de cierres á hora fija, descansos dominicales, etc., etc.,—responden los ministerialísimos, con atribuir las á «críticos de café». Y en esa frase ponen todo el desprecio que les inspiran los cuatro madrileños gatos que, á falta de una tertulia ministerial, donde tomarlo de gorra, van á tomar un café al café, con gotas de censura á la infalible política que nos gobierna.

Estos críticos de café, gentecilla de poco más ó menos, con echarlo todo á crítica y á broma, son los que impiden el buen éxito de tanta sabia y moralizadora ordenanza. Se trata de prohibir la mendicidad callejera; el crítico de café, ¡habrá escéptico! como va de su casa al café por sus pasos contados y no en coche como las

autoridades, y en cada esquina le acosan veinte pobres, y si lleva prisa, ha de echarse por medio de la calle, á riesgo de ser atropellado por los automóviles—obedientes también á lo ordenado para regular su marcha,—porque las aceras son círculo de recreo á los de la venerable y castiza orden del Plantón; á poco práctico que sea en los golfos de este mar, como dijo Tirso de Molina, verá cómo campan hampones, recién salidos de presidio, vagos de profesión, agentes de toda clase de negocios, toreros sin contrata, vendedores del «ful», libreros á la menta... ¿Cómo no ha de tomar á broma las ordenanzas?

Se prohíbe la blasfemia, y hasta en los salones de conferencias del Senado y Congreso, no hay divinidad que se respete, ni la de D. Antonio Maura, y los que tenemos creencias, no sabemos ya á qué santo encomendarnos, de quien no se haya dicho algo.

Se prohíbe molestar á las mujeres con piropos y se las deja á ellas en libertad de molestarlos, como si nosotros no tuviéramos también nuestro pudor y cada uno no supiera cuándo le aprieta el zapato, y dónde ir á calzarse lo que mejor le convenga.

Y cuando todo esto vemos á cada hora, ¿no ha de sernos permitida la más ligera crítica de café, sin vernos tratar de vulgacho? Todos no podemos ir á murmurar en las mismísimas antecámaras de los ministerios, ni en dorados salones, ni en despachos de directores de periódicos ministeriales. ¡Oh! No hay duda de que allí la murmuración es más sabrosa que en él vulgar café. Como que allí se cobra y aquí se paga.

Pero en la política sucede como en el teatro; el público que paga es el que menos aplaude ni silba; en cambio los de la gorra, sin perjuicio de aparentar que aplauden en público, son los que desacreditan la obra y á los actores en los corrillos del vestíbulo.

No, señores ministeriales, la opinión, la prensa, el país, en general, nunca han estado mejor dispuestos; nunca han querido «crear», tanto como ahora, en que sería posible mejorar en algo, nunca han esperado tanto... ¡Y aun lo envuelven ustedes todo en el despectivo nombre de críticos de café! ¡Como están ustedes tan mal acostumbrados! No han tenido ustedes otra verdadera oposición que la de esos críticos. Porque la otra no ha sido de café, precisamen-

te: ha sido... lo que suele acompañarle á más del azúcar.

* * *

Nada más fácil que un poco de sociología á propósito del dispendio que supone la nueva banda municipal. Pero yo, que en la aldea, en donde paso largas temporadas, cuando llega algún pobre chicuelo á mi puerta y allí se para á admirar las rosas del jardín, únicas flores en tan pobre tierra, suelo unir á un pedazo de pan una rosa, no sin que alguien me advierta que con el pan bastaba, aunque yo veo cómo muchas veces, la boca hambrienta del chicuelo, antes que morder el pan, sonríe á la rosa... ¿Cómo no he de estimar en lo que vale, aunque mucho cueste, esta flor de arte prendida en nuestra pobreza, para alegrarla? Bien está el pan, pero no están mal las rosas.

Y bien está la banda municipal, y por esta vez sólo plácemes merece nuestro Concejo. No frunza el ceño el «leader» del socialismo que, al fin, el socialismo, por lo que tiene de armonía social, tiene mucho de ideal artístico y mucho debe al arte, aunque nuestros socialistas le traten con despego.

Magnífico instrumental, excelentes músicos, dirección entusiasta. El maestro Villa nada tiene que envidiar á los directores alemanes en precisión y en claridad, con algo que no estorba nunca, el calor y la sangre de la tierra. Como aquí trabaja uno por cada veinte que no hacen nada, ese uno trabaja por los veinte: gracias á eso vamos tirando. El maestro Villa es de los que trabajan.

La banda madrileña, que desde hoy será orgullo de este pueblo, el del gracioso andar de sus mujeres, aprendido al són de músicas callejeras, tuvo un digno comienzo; saludar con la marcha de infantes á la madrileñísima infanta Doña Isabel. Después... ¿hubo alguien que pensara en lo que puede costar la banda? ¡Poder soberano del arte! Al salir del concierto, nos parecía que los faroles de la villa alumbraban con mayor claridad y que las calles estaban más limpias y mejor cuidadas.

* * *

Moritz I es un chimpancé de los que alegran la vida á un «darwinista». ¡Qué ocasión para un sabio aspirante á Menelao científico! como el

gracioso doctor de «Las tardes del Sanatorio».

Pero no hay que olvidar á los de casa por los de fuera. ¿Ustedes no conocen á la Nena, chimpancé hembra, residente en nuestra Casa de fieras del Retiro? Nada tiene que envidiar á Moritz I, ni á Cónsul I y II, ni á la mismísima Eva mona, de la que, acaso, todos descendemos. Nena es una verdadera monada; posee todas las virtudes femeninas y una más, la de vestirse con muy poco y no llevar sombrero. Tiene adoración por el encargado de cuidarla, es cariñosa con los niños, rara condición en monos y en institutrices; sus gracias son muchas y no profesionales, ni enseñadas, sino de lo más espontáneo é instintivo. No debe avergonzarnos nuestro origen. Yo no creo á Nena capaz de ir á sonsacar á ningún mono Adán con la manzana. Nena se la hubiera comido ella sola.



XV

Verdaderas fiestas de arte son las que prepara la ciudad de Munich, para lograr honra y provecho que á despecho de nuestro pesimista proverbio, bien caben en un saco. El programa no puede ser más atractivo. De Julio á Agosto, en el teatro Real de la Residencia, festival de Mozart, en dos series de representaciones. «Las bodas de Fígaro», «Don Juan», «El rapto en el serrallo», «Así hacen todas»; obras maestras de gracia, de sentimiento, de cortesanía, propias para ser cantadas en salones de príncipes artistas. De Agosto á Septiembre, en el teatro del Príncipe Regente, ciclos wagnerianos: «Los maestros cantores», «Tristán é Iseo», «Tanhäuser» y la trilogía con su prólogo «El oro del Rhin». Estas representaciones, al decir de cuantos han podido comparar unas y otras, exceden á las de Bayreuth por el mérito de los cantantes y lo perfecto de la presentación en escena. Por si no fuera bastante, de Junio á

Septiembre actuará la compañía del teatro de los Artistas, la más renombrada de Alemania, bajo la dirección del profesor Max Rheinhardt. En el repertorio figuran: «Hamlet», «Sueño en noche estival», «El mercader de Venecia», de Shakespeare; «Fausto», de Goethe; «Los bandidos», de Schiller; «Lisistrata», de Aristófanes. Obras que estamos hartos de ver por aquí, á petición de los distinguidos abonados á turno de moda.

Con estas bagatelas basta para que á la ciudad de Munich llegue gente de todas partes á dejar muy gustosa su dinero. El arte bien administrado puede ser industria muy provechosa. No lo olviden nuestras inevitables comisiones cuando vuelvan á pensar, con mejor fortuna, en organizar festejos. El Teatro Nacional, bien organizado, pudiera ser excelente base para estas fiestas de arte. El Teatro español, antiguo y moderno, interesa más de lo que nosotros creemos á muchos extranjeros. No hay que juzgar por lo que signifiquemos en Francia. Es vulgar creencia española que, por nuestra amable vecina, nos llega a los españoles toda claridad intelectual. Yo creo que en muchos casos, ó la intercepta ó la refleja del color de sus cristales;

que no son los más claros. Los franceses ó no se interesan por lo extranjero, ó, si se interesan por algo, han de decir que es suyo. Ahora mismo, admirados ante los bailarines rusos, aseguran que si son admirables es porque han recogido la tradición del baile francés, casi perdida en Francia. En los saltos prodigiosos del bailarín Nijinsky aplauden, más que nada, lo que tienen de salto hacia atrás, hacia el gran arte del baile francés. De los franceses procede todo; ellos solos son principio y fin de todas las cosas.

* * *

La Exposición de la Infancia no ha pasado de ser una plausible buena intención; un modesto ensayo, que no debe desanimar á sus organizadores, para acometer de nuevo la empresa. Tal como está es muy poco, en algo de tan sagrado interés como la infancia. Una escuela modelo que, en efecto lo es, si recordamos muchas que hemos visto. Libros para niños, con vistosas, no muy artísticas cubiertas... ¡Ah, los libros ingleses para niños, primores de arte!

En la Exposición se muestran cerrados; y si hemos de juzgar por algunos que en alguna

ocasión hojeamos, bien están así; es como pueden ser más provechosos.

Aun así, la Exposición debe ser visitada por todos. Lo deficiente es el mejor acicate al deseo de mejorar. Si hubiéramos llegado á la perfección, tal vez nos dormiríamos; y ahora que á muchos sabios les ha dado por predicar las ventajas de la ignorancia, no es hora de que duerman cuantos creen, como dijo Jesús, que sólo no es perdonable un pecado; el pecado contra el Espíritu. En España llevamos mucho tiempo de pecar contra él; porque el mayor pecado es la ignorancia.

* * *

Llueven censuras sobre Felipe Trigo á cada nueva novela que publica. Graves moralistas lanzan contra él los más terribles anatemas. Dicen sus detractores que abusa de la cuerda sensible amatoria. ¿No hay asunto más interesante para el señor Trigo que este de la sexualidad? Y ¿creen ustedes en efecto, que hay otro más importante? De ahí nacimos todos y esa es toda la vida. No sirve hacerse los desentendidos. Si hombres y mujeres civilizados pretenden hacer

asunto de misterio de ese asunto, es porque saben bien que en él está el verdadero secreto de nuestra vida y hay pocas vidas que puedan mostrar sus secretos. Dime cómo amas, te diré quién eres. Obras de arte, empresas guerreras y políticas, heroísmos de la santidad, monstruosidades del crimen... Todo lo que admira ó espanta en la historia de la humanidad... ¿En dónde está nuestro secreto? «Bhind the veil»; detrás del velo, como dijo Tennyson, en otro sentido, pero más exacto en éste. Detrás del velo pudoroso con que todos procuramos ocultar el misterio de nuestros amores... Todos, y más que nadie, los fanfarrones del amor... ¡Ah! De esos, ya se sabe: dime de lo que presumes y te diré lo que no tienes. De Don Juan Tenorio se sabe lo que él pregonaba, la lista de sus conquistas; pero también se sabe que no tuvo hijos. Hay para dar en qué pensar. En cambio, ¡hay tantos que no presumen y podrían llevar una lista más numerosa y más completa que la de Don Juan Tenorio!

Y en las mujeres... ¡Pobre Don Juan, qué sabía él de las muchas mujeres que le harían cara sólo por el gusto de añadir uno más á su lista!

Los más impenetrables secretos de la historia

serían de una diafanidad asombrosa si los historiadores hubieran sabido darnos tan cabal cuenta del acto de amor, en sus personajes, como Felipe Trigo sabe dárnosla de los suyos en sus novelas.

Por ejemplo; del proceso y prisión del príncipe D. Carlos, tan diversamente comentado por historiadores y poetas, yo creo... Pero seamos pudorosos. Si yo dijera lo que creo, se escandalizarían ustedes como de una novela de Felipe Trigo.



UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

XVI

Nuestro previsor y paternal gobierno, en vista de que el verano se presenta aburrido, y acaso la banda municipal, no por falta de méritos, sino por falta de lugares acomodados en que lucirlos, no baste á la amenidad de nuestra vida, ha resuelto sustituir el acreditado crimen misterioso de todos los veranos con algo tan interesante por lo menos: la guerra misteriosa. Ella será el acertijo, la inquietud y el interés de todos: ¿Iremos á Marruecos? ¿Vamos? ¿No vamos? ¿Tenemos que hacer allí? ¿No tenemos que hacer allí nada?

Nuestros mejores talentos geográficos, diplomáticos, sociológicos, financieros, los que conocen el imperio vecino como su propia casa y los que pasaron cuatro días en Tánger en aventuras exóticas á lo Loti, hartándose de judías, que ellos toman por moras, y figurándose correr mil peligros en la conquista de alguna noble favorita de moro rico, que luego resulta ser una bella

Fátima de Marsella y su dueño y celoso señor un apache con turbante y babuchas; todos ellos pueden hacer gala en artículos periodísticos y conversaciones de playa ó Casino de sus profundos conocimientos, y volveremos á oír aquello de: «El país no quiere aventuras», ó «No debemos renunciar al importante papel que, por nuestra historia y nuestro porvenir, estamos llamados á representar en Marruecos». Y habrá planos trazados en las arenosas playas ó en los tableros de mármol de los cafés, y habrá estadísticas comerciales abrumadoras. Nuestro comercio de exportación, nuestra industria... Y unos gritarán: «¡Guerra, guerra!», y otros clamarán que la guerra sería el fin de España, ese fin anunciado tantas veces y que, por fortuna, no llegará nunca; porque España es tan dura de pelar como el imperio de Marruecos, amenazado siempre también de aniquilamiento y ruina. ¡Nadie puede calcular la fuerza de los débiles! Ni nadie en mejores condiciones que ellos para atreverse á todo. Si algo debe hacernos dudar en acometer la aventura, es esa consideración: Por poco que tengamos que perder nosotros, aún tienen menos que perder ellos, y esa ventaja es inapreciable para toda clase de luchas. Las

guerras y los negocios, sin dinero; es el único modo de no perder nunca. Yo creo que si algo nos estorba en España para volver á recobrar nuestro prestigio en el mundo, no es nuestra pobreza, sino los cuatro cuartos que tenemos. El día que nos decidamos á tirarlos por la ventana, empezaremos á ser alguien.

* * *

El señor ministro de la Gobernación piensa en enérgicas medidas para evitar que en lo sucesivo registre la crónica tauromáquica jornadas tan desastrosas como la última de las cinco cogidas. ¡Cinco en un solo día! Es demasiado. ¡Y en distintas plazas! Para que no puedan disfrutar de todas ellas los mismos espectadores... Es lamentable.

¿Medidas enérgicas?

La profusión de accidentes no es el mejor motivo para tomar medidas enérgicas contra la fiesta taurina. ¿Qué más enérgica medida que la de los mismos toros? A pocos domingos como el de marras, no quedaba un torero, y asunto resuelto.

¿Vendrá la supresión en absoluto? Hombre

es D. Juan capaz de atreverse, no digo con la torería, hasta con el clero, si esto no fuera contra la doctrina conservadora. ¡Ah, si D. Juan fuera liberal como es conservador, la ley de Asociaciones no hubiera quedado en proyecto!

¿Tendremos corridas á la portuguesa? ¿Se exigirá á cuantos toreros pisen plazas un certificado de suficiencia; bachillerato para torear novillos, licenciatura para toros y doctorado para miuras?

¿Por dónde vendrá la muerte? Mal haría el señor ministro en querer precipitarla, exponiéndose por el contrario á levantar al toro, como cachetero desmañado. Deje, deje á toreros, ganaderos, toros y público, que ellos solos se bastan para concluir con la fiesta, por aburrimento, que es la más segura muerte.

Entre esos toreros, en vano aupados por los amigos; esos toreros de una estocada, que bien pudiera llamarse la estocada del hambre, cada cinco años; las exigencias de los eminentes, la falta de tradición en los aprendices toreros y en el público aficionado que ya, por no haberlo visto en muchos años, no sabe distinguir un volapié de una carrerilla de esas con que ahora se caza, no se mata, á los toros... Además, las

clases obreras están más alejadas cada día del espectáculo, sostenido por la clase media desocupada y la aristocracia aburrida, y... síntoma significativo: á los niños de ahora no les gustan los toros. He podido comprobarlo en repetidas observaciones.

Unos cuantos años más y habrá que sostener las corridas de toros con subvenciones del Estado, como una curiosidad arqueológica que puede interesar á los extranjeros.



XVII

Y ¡aun hay vanidosos! Esto pensaba yo el otro día, ante el mausoleo de Chueca, inaugurado con... ¿solemnidad? ¡Oh, sí! Demasiada solemnidad.

Amables oradores, lisonjeros poetas nos hablaban del pueblo allí presente para honrar á su músico... ¿El pueblo? Yo no le ví por ninguna parte. Allí no estábamos más que los precisos operarios, el grupo de siempre, los de obligación. Y no todos. Las bellas artistas de nuestros teatros alegaron en disculpa de su ausencia, la hora inconveniente; hora de ensayos ó de sección «vermouth»... ¡Vaya por Dios! ¿Para qué mejor ocasión juzgarán las empresas que valía la pena de conceder un día de asueto á sus artistas?

Y esto por Chueca, el popular, el glorioso entre todos. ¿Se entera usted, señor don Nadie? Usted, el que cree haber conquistado el derecho á la inmortalidad, con una crónica colorista ó

con un soneto cincelado; usted, el que apenas se digna saludar á los amigos, y va usted, por esas calles, despreciando las baldosas que pisa; indigno pedestal de su grandeza... ¿No le aprovechará á usted de nada esta lección y tantas otras? ¡Cúrate vanidad!, como dice el Rey Lear. Aprende que no es preciso salir de España para que el nombre de Cervantes sea ignorado; que de Zorrilla, el popular poeta, no hay, fuera del consabido círculo, quien sepa más allá del «Tenorio»; y yo sé de personas bastante cultas, que confundieron al poeta con el político.

¡Cómo nos engañamos unos á otros con esto de la popularidad! Se lamentaba un buen señor, indignamente puesto en ridículo por su esposa... ¡Ya ve usted. ¡Todo Madrid lo sabe!—¡Bah!—le consolaba un amigo;—¿todo Madrid? Váyase usted á Carabanchel.

¿Es usted popular? Pues pregunte, pregunte al primero que pase por la calle... Y aun queda mucho mundo y otros mundos... y ¡aun hay vanidosos!

* * *

El reglamento del Teatro Español—por fin, es Español,—aun no está aprobado oficialmen-

te, y claro está que cuanto de él se anticipe, estará expuesto á rectificaciones. Mas, como una vez aprobado, sería tarde para ponerle peros, es preferible pecar de anticipado, llamando la atención sobre algunas ligeras enormidades anunciadas, que aun es tiempo de rectificar.

Primeramente se anuncia que el cuadro de artistas se dividirá en dos, uno dramático y otro cómico. ¿A qué esa división? En el Teatro Francés puede estar justificada, porque en Francia la tragedia clásica es un género aparte, y es tragedia desde antes de levantarse el telón hasta que termina, sin mezcla de comedia alguna. Pero en el Teatro Español, aparte media docena de tragedias á lo clásico, de que vale más no acordarse, lo mismo en el teatro antiguo que en el moderno, lo trágico y lo cómico se entremezclan de tal manera, no ya en cada obra, sino en cada personaje, que esa división entre actores dramáticos y cómicos sólo puede conducir á promover un conflicto por obra.

Se reparte «El alcalde de Zalamea». ¿Qué cuadro debe representarlo? ¿El dramático? ¿El cómico? El papel de Don Lope de Figueroa, ¿es trágico? ¿es cómico?

¡Así que nuestros actores necesitan mucho

para clasificarse y rechazar papeles que no creen de su cuerda! Yo soy del cuadro dramático—diría alguno,—y en este papel que me han repartido hay dos chistes y una situación cómica. Yo estoy aquí para hacer reír—diría el otro,—y al personaje que represento se le muere un tío, que no le deja nada, en el segundo acto. Suprima, suprima la comisión ese articulito. Compañía una; dramática y cómica. Nada de clasificaciones. Jóvenes, los jóvenes; actores de carácter, los veteranos; graciosos ó tristes, según pida el carácter de los personajes. Nada de damitas con cuarenta años de servicios, poniendo la boca chiquita para decir: ¡papá y mamá! Nada de galanes jóvenes con bisoné y dentadura postiza. Esto en cuanto se refiere á la organización de la compañía.

La otra pequeña atrocidad es la siguiente: El criterio para retirar las obras del cartel no será otro que el ingreso en taquilla. ¿Sí? Pues ¡vive Dios! que para eso no hacía falta teatro subvencionado, y ese criterio es el de cualquier empresario negociante y aun no tan á punta de perro chico. Según ese criterio, muy expuestos estarán Lope de Vega, Calderón y el mismísimo Shakespeare, á tener que ceder el sitio

más que á paso á cualquier bufonada ó melodrama de público. Todos creíamos que, justamente, la subvención sería para eso; para imponer una obra de arte, cuando el dinero del público no bastara á sostenerla.)

Con ese criterio, el Museo de Pinturas ya debiera de estar cerrado ó haberse sustituido por un «cine»; ¡si se fuera á juzgar del mérito de Velázquez por el número de entradas vendidas para ver sus cuadros!

Claro es que no hay autor vivo que no crea sus obras del más soberano arte, y todos pretenderían verlas perpetuarse en el cartel, á costa del Estado. El criterio del ingreso es el más seguro... La obra de usted es una obra de arte, pero no da tres pesetas... ¡Mal, muy mal van á pasarlos nuestros clásicos, con Shakespeare, Molière, Ibsen, etc., en el nuevo Teatro Español!

Los vivos, los verdaderos vivos, menos mal, ya se ingeniarán para tomarle el aire al abono, al público y á la dirección artística; y el teatro subvencionado será... un teatro más. Y es lo menos malo que puede sucederle.

Conste que en nada de lo dicho, hay el menor deseo de destripar el cuento. Muy pocos se habrán interesado, mejor dicho, desinteresado-

do tanto como yo, por el nuevo teatro. Por lo mismo, quisiera verle nacer en las condiciones más viables y, si de mí dependiera, su vida sería larga y próspera. ¿No es de agradecer todo esto? Porque, en fin, que recen y practiquen los creyentes, que algo esperan, después de todo, bien está... Pero, ¿los que no creemos y rezamos? Y eso me pasa á mí con el Teatro Español... ¡A ver si no es virtud!



XVIII

Si en casa del jugador poco dura la alegría, en casa del aficionado á toreros aún suele durar menos. Es tan natural orden de la vida una alternada distribución en los sucesos, que las rachas son algo extraordinario, y el jugador prudente se atiene en sus combinaciones al más probable «tierce á tout»; dejando lo de jugar á la repetida para el jugador de fortuna, siempre en espera de lo inusitado y fuera del orden.

Del mismo modo los buenos aficionados saben de antiguo lo ocasionado que es con toreros y toros jugar á la repetida; como saben las empresas lo fácil de engañar al público, con anunciar el mismo juego.

En esta temporada los aficionados quieren distraer su aburrimiento, dedicándose á la inocente ilusión de inventar toreros. ¡Para que aprendan los eminentes! Ya en tiempos del Guerra fueron muchos los que pusieron el mismo empeño en la misma empresa. ¡Pobres flores de

una tarde con suerte!; todo lo más de una temporada. Y menos mal, cuando no dejándose «inventar», se resignan á volver al montón y no toman en serio un papel superior á sus fuerzas y conocimientos, que, de otra suerte, el desengaño suele llegar con una cornada, de las muchas que los espectadores tienen á su cargo.

No es hora de predicar contra la sublime fiesta y no soy de los que creen que ella tenga gran culpa en el atraso de España. De los toros, como del clericalismo, creo que no son causa de nada, sino efecto de mucho. No son unos ni otro los que tienen la culpa de nuestro atraso; es nuestro atraso el que tiene la culpa de toros y de clericales.

El que no tiene inteligencia bastante para pensar por sí propio, si no se dejara influir por un director espiritual, iría á consultar con la sonámbula ó con la echadora de cartas ó con el primer embaucador que se le presentara. El que no halla diversión más de su gusto que una corrida de toros, si se las suprimieran, buscaría otra más bárbara, más estúpida, y nada abríamos adelantado.

Cuantos han combatido las corridas de toros, han fundado siempre sus inectivas en la parte

menos vulnerable del espectáculo, lo peligroso y lo sanguiento. ¡Bah! Si á eso fuéramos... Todo el mundo es plaza y toda la vida es lidia.

Por esa parte, el espectáculo hasta es beneficioso; un derivativo muy atenuado para nuestro espíritu inquisitorial, atormentador... El fogueo de toros nos compensa del fogueo de herejes; cada gritería al presidente, acaso evita un motín popular, y cada cincuenta corridas, por lo menos, suponen un desgaste de ferocidad que hace imposible una guerra civil.

No es por lo cruel, ni por lo sangriento, por donde hay que atacar al espectáculo, es sencillamente... por tonto.

El toro bravo, verdaderamente de lidia, es un producto artificial, cada vez más raro y más difícil de obtener. La natural condición del toro es pacífica; por algo el ornamento cornamental fué siempre símbolo de la más apacible conformidad conyugal. Así, bien puede asegurarse que de cien toros, los noventa y nueve salen al coso más dispuestos á mugir saudades dehesiles que á meterse en pelea. Y ¡es de ver el lastimoso espectáculo del acoso, en torno al triste animalito! Se le persigue, se le azuza, se estrecha el círculo de tortura... Por fin, se consigue

enfurecerle, empuja, derriba á ciegas... ¡Un triunfo de arte y de gracia!

¿Qué diremos de la elegante suerte de varas? ¿Qué diremos del forzado valor, todo para la galería; el chulesco valor de los lidiadores? La palidez de los rostros, distendidos los músculos en rictus, que bien quisiera aparentar una sonrisa... ¡Ah, la sonrisita del torero! Un buen anatómico ó buen pintor pueden dar razón de ella...

Y ¿qué diremos de la alegría del espectáculo? Alegre un espectáculo en que el espectador se pasa la tarde rabiando. Rabieta si rajaron al toro de un puyazo y le quitaron facultades; rabieta si no le castigaron lo bastante y conserva demasiado poder; rabieta si le recortan; rabieta si no le paran los pies; rabieta si el torero de las simpatías no estuvo muy afortunado, y rabieta si lo estuvo el de las antipatías... Rabieta regionales, si quedó Córdoba mejor que Sevilla ó Sevilla mejor que Madrid... Rabieta con el presidente; rabieta con el matador de las 6.000 pesetas; rabieta y discusión acalorada con el espectador de al lado y con el de detrás y con los de delante... ¡Si les digo á ustedes que no hay diversión que se le parezca! Y des-

pués de proferir toda clase de insultos, de injurias, contra los toreros sobrado prudentes, de echarles en cara sus ganancias y sus glorias, cuando la desgracia ocurre y el torero es entre los cuernos y las patas del toro un andrajo humano... la compasión más sensiblera; una compasión que, no diremos mal empleada en este caso, pero sí que debiera repartirse más equitativamente entre el obrero víctima de un accidente en su trabajo, la costurera enferma de tuberculosis, de tanto darle á la aguja y tantas otras víctimas de un trabajo sin luz, sin aire y sin aplausos.

¿Que hay exageración en todo esto? Prueben, prueben los aficionados á dejar de asistir á las corridas durante una temporada, y si después de algún tiempo, al volver á presenciar una, no sienten como yo toda la estupidez del ridículo espectáculo, será... ¡Triste sería porque la verdad no tiene para ellos ningún camino; ni el del aburrimiento.

Sólo el valor de un Frascuelo, superior á las cobardías del público, ó el arte primoroso de un Lagartijo y su frescura y despreocupación, superior á los insultos de ese mismo público, ó la maestría suprema de un Guerra, superior á

los toros, al público y al espectáculo, pueden dar un aire de grandeza á las corridas. Pero la excepción confirma la regla, y el genio es superior á todo, á la misma esfera social en que emplea su actividad. Han existido ladrones y asesinos de genio, que no disculpan por eso el robo ni el asesinato.

Algo hay en los toros, no obstante, que les hace ser digno espectáculo de un filósofo. Si en la vida fuera todo bondad; si los hombres fueran siempre dignos y justos y razonables, la idea de la muerte sería tormento insoportable para el espíritu... ¡Dejar un mundo de delicias; separarse para siempre de una humanidad tan perfecta!

Conviene de cuando en cuando asomarse á donde toda la estupidez y la bajeza humanas se muestran en toda su desnudez, para que la idea de la muerte no nos parezca tan triste y hasta nos sea apetecible. Y hay que confesar que nada para esto como una corrida de toros.



XIX

El verano es la estación de las grandes crisis en las compañías teatrales. Se comprende; después de toda una larga temporada de invierno, los artistas con los empresarios, éstos con los artistas, y los artistas unos con otros, están que no pueden ya aguantarse. Tiene la vida del teatro algo de la vida á bordo; los primeros días todos los pasajeros simpatizan, todos parecen encantadores, se organiza toda clase de fiestas en que todos toman parte; poco á poco se van separando en grupos, cada día más reducidos; en cada uno se murmura de los otros; al final de la travesía, ya no hay ni grupos; cada pasajero pasea solitario ó lee apartado de los demás, y en su interior piensa que en su vida ha tratado con gente más antipática y desagradable. Unos días más, y acabarían todos arrojándose unos á otros por las bordas en descomunal pelea.

El teatro es lo mismo. A principios de tem-

porada todos se adoran, se recibe con efusión á los recién llegados.—Aquí, aquí es donde tiene usted su puesto.—¡Qué gusto verme entre ustedes!—Las actrices se hacen confidencias de todo género. Los actores se muestran galantes con todas ellas. Aquello es un paraíso... Pero no va mediada la temporada, cuando ya sólo se juntan unos para murmurar de los otros, y viceversa; y si se juntan todos es para conspirar contra el empresario ó hablar mal de una obra. Y al terminar la temporada, ni para eso.—«Ciascun per se»—como cantan en «Los Hugonotes».

No hay que pensar por esto que los actores sean de peor condición que los demás humanos. Si en todas las profesiones el trabajo hubiera de ser en comunidad y las relaciones tan constantes, también veríamos cosas. Más separados viven unos de otros pintores, escritores, médicos, abogados, y no se quieren más ni mejor por eso. No hablemos de la fraternidad periodística... Y los chismes de bastidores no son nada, comparados con los de sacristía. ¡Hay cada párroco y cada teniente cura, que... ríanse ustedes de las primeras tiples en lo de des-pellejarse unos á otros!

En fin, que la temporada próxima promete, y lo único de lamentar por mi parte es... que me cogerá sin dinero...

Porque en el teatro, como en todo, ¡es tan agradable el papel de espectador!

* * *

Son muchas las personas que me escriben, unas para felicitarme, otras para increparme, por mis ligeras consideraciones sobre las corridas de toros; otras, sencillamente, para mostrarme su extrañeza.

—¡Hombre, usted tan aficionado antes!...

—¡Afanado? Le diré á usted. A no ser en los tiempos del Guerra á mi juicio el torero más asombroso, la verdad es que siempre me han aburrido las corridas de toros. Esto, en cuanto al espectáculo; que de los espectadores, ¡no se diga! Siempre he buscado la localidad más tranquila de la plaza. Me han indignado siempre esos energúmenos que no se divierten si no pasan la tarde gritando, molestando á todo el mundo; que si ¡Ladrón!, que si ¡Criminal!, que si ¡Por derecho!, que si ¡A la cárcel!, que si la madre, que si toda la familia... todo un «speci-

men» de educación nacional. Esos energúmenos son los mismos que en el teatro no se contentarían con menos que ver ahorcado al autor que tuvo la desgracia de equivocarse; los mismos para quienes no hay político honrado, ni escritor que no se venda; los mismos que piden desde la mesa del café heroísmos sobrenaturales en la guerra, para poder decir ellos:—¡Qué valientes somos! ¡No hay quien pueda con nosotros!—Los mismos que van por esas calles perdonando honras á las mujeres... Y como este es el espectador, no diré más frecuente, pero sí el que da tono al espectáculo, él por sí solo se basta para hacer de una fiesta, que podía ser una de tantas como andan por esos mundos civilizados, la de apariencia más salvaje.

En Barcelona se ha celebrado, ó va á celebrarse, una manifestación contra las corridas de toros. En esto ya no estoy conforme; creo que todo eso es contraproducente. Los toros, como tantas otras cosas, caerán por sí solas, cuando deban caer. Encomendemos la tarea á los educadores. El maestro es el que ha de acabar con los «maestros».

Ha de notarse que la Iglesia, tan intransigente en ocasiones con el teatro, con el libro y con

la prensa, dispensa la más benévola tolerancia á las corridas de toros. Las señoras, tan influenciadas por la Iglesia, no ponen tampoco todo el empeño que debieran en combatirlos. Nada de esto habla muy en favor de la delicadeza de sus sentimientos. En cuanto á la Iglesia, ya es sabido que todo lo que no sea pensar le ha preocupado siempre poco.

* * *

El más cordial saludo al boletín «Pro Infancia», publicado por el Ministerio de la Gobernación. Todo en él es buenas intenciones, que debemos desear no vayan á empedrar el infierno, á cuya pavimentación ya han contribuído no poco los legisladores españoles. Los hombres tienen mal gobernar; acariciemos la ilusión de que estarán mejor empleados nuestros desvelos en los pequeños. No olvidemos, como dijo el admirable poeta Wordsworth, que «el niño es el padre del hombre».

